

Crítica de la teoría neoclásica, del crecimiento y la distribución

De Luigi Pasinetti

Traduttore: Yésica Bianco (studente di contabilità dell'università di Morón)

Copista, traduttore e interpreti traditore: Gustavo A. Murgá (studente di economia dell'università di Buenos Aires)

Indice

1.PREMISA.	2
2.LA TEORÍA CLÁSICA (“RICARDIANA”).	2
3. LA TEORÍA NEOCLÁSICA DE LA DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA.	4
4. CARACTERÍSTICAS DE LA ECONOMÍA NEOCLÁSICA.	6
5. LA EMERGENTE DE UNA TEORÍA “KEYNESIAN A” DE LA DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA, ES SEGUIDA A UNA TEORÍA DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO.	8
7. CRÍTICA DE LA FUNCIÓN NEOCLÁSICA DE LA PRODUCCIÓN.	10
8. “REMOCIÓN” DEL RE- SWITCHING EN LA LITERATURA ECONÓMICA DOMINANTE.	13
9. CONSECUENCIA PARA LA TEORÍA DE LA DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA.	16
10. CRECIMIENTO SIN PROBLEMAS DE DISTRIBUCIÓN EN LOS MODELOS CON PROGRESO TÉCNICO ENDÓGENO.	17
11. SOBRE LOS NUEVOS HORIZONTES.	19
12. UNA CRÍTICA FINAL.	21

1.Premisa.

Una exposición, aunque sucinta, de las críticas que han sido movidas a la teoría neoclásica del crecimiento económico y de la distribución del ingreso requiere una distinción de sus dos componentes: aquella que resguarda el crecimiento económico y aquella que resguarda la distribución del ingreso.

La teoría de la distribución del ingreso es la componente más tradicional y también la más controversial de la teoría neoclásica: es la parte integrante de aquella “revolución marginalista” que se afirmó a fin del siglo pasado en contraposición al pensamiento económico clásico (de Smith, Malthus, Ricardo, Marx).

La teoría del crecimiento económico es más reciente: ha sido descubierta en la segunda mitad del siglo XX, y ha tenido el efecto de absorber, en el apogeo de la teoría (marginalista) dominante, las ideas e instituciones de dos economistas “keynesianos” (Roy Harrod y Evsey Domar), que habían vuelto a despertar los intereses por los temas “clásicos” del crecimiento económico de largo período.

La componente que se refiere al crecimiento, si es considerada en sentido estricto no es sustancialmente controvertida, aún si queda expuesta a un cierto número de objeciones y críticas. Usando una cierta simplificación se podría decir que la teoría neoclásica del crecimiento económico, cuando no hiciese uso de la teoría neoclásica de la distribución del ingreso, es teoría del crecimiento tout court. Se extiende en una cierta dirección, el modelo del crecimiento de Harrod-Domar, que ha constituido el punto de partida de toda la teoría del crecimiento económico (neoclásico y no neoclásico) de la segunda mitad del siglo XX.

En su reseña de la teoría neoclásica del crecimiento y de la distribución para la presente “**Historia del siglo XX**”, Robert Solow ha elegido concentrar su exposición sobre la componente (menos controversial) referente al crecimiento económico. Al fin de su contribución el admite que: “*Poquísimo ha sido dicho en esta reseña sobre la distribución del ingreso*”.(Solow, 1999...).

La presente contribución se concentrará sobre el otro componente: aquel que se refiere a la distribución del ingreso, que, como se ha dicho, ha dado origen a mayores controversias.

2.La teoría clásica (“ricardiana”).

El punto de partida común a todas las teorías económicas de la distribución del ingreso puede hacer resurgir la obra principal de David Ricardo (Principio de la economía política, 1817;se ve la nota al fin de la presente contribución), que sintetiza la teoría clásica y que en la página de apertura inicia con las proposiciones:

“El producto de la tierra - todo aquello que proviene de su superficie con la utilización combinada del trabajo, máquinas y capitales- es distribuido en tres clases de la colectividad, los propietarios de las tierras, los propietarios del capital ... y los trabajadores...Pero en los diversos estados de la sociedad las proporciones de todo el producto de la tierra asignado a cada una de estas tres clases, con el nombre de renta, ganancia y salarios, serán esencialmente distintos...La determinación de las leyes que regulan esta distribución es el problema principal de la economía política...” (Ricardo, 1817, pág.1)

Ricardo tiene la genial capacidad de sintetizar en un esquema teórico lógicamente coherente y completo las discusiones que se daban entre los economistas ingleses de su tiempo. En particular, ellos llegaron a recoger los resultados de las contribuciones de un famoso cambio de opiniones emergentes de una proliferación de panfletos (escritos por Malthus, West, Torrens y el mismo Ricardo), todos aparecieron en febrero de 1815.Estos panfletos fueron estimulados por las inminentes discusiones del Parlamento inglés que versaban sobre las leyes del maíz, pero contenían dos apartados teóricos de decisiva importancia para todas las discusiones sucesivas: la teoría diferencial de la renta y el “principio de los rendimientos decrecientes”, consecuente con la extensión de la cultivación de la tierra. Estos principios han condicionado fuertemente todas las teorías sucesivas de la distribución del ingreso y del crecimiento económico.

La teoría diferencial de la renta había sido ya anticipada por James Anderson a fines de 1777, pero no había tenido la atención adecuada. Puso al tanto con su pensamiento, del año 1815, el principio de los rendimientos decrecientes, que la profesión económica acoge como un importante descubrimiento. El mérito y la prioridad son atribuidos a Malthus (y probablemente también a West). Todavía, como ya se ha dicho, la teoría diferencial de la renta es asociada luego a la exposición de Ricardo y por esto ha sido llamada “ricardiana” (aunque impropia).

En síntesis, esta teoría sostiene el origen de la renta en la característica tecnológica de que diversas parcelas de tierra tienen fertilidad diversa en el año, por ello piensan que, luego los propietarios tendrán una ganancia diferencial respecto a la productividad de las parcelas de tierras (menos fértiles) que es el margen entre las parcelas cultivadas y aquellas no cultivadas. Se convierte así en crucial individualizar la tierra “marginal”: aquella que es la menos productiva y no obstante se debe cultivar para satisfacer la demanda total de productos agrícolas. En cada situación dada, serían: una parcela de tierra “marginal” (que por definición, no da renta alguna), parcelas de tierras extra-marginales, que no son cultivadas porque son insuficientemente fértiles, y parcelas de tierra infra-marginales, a ser cultivadas, ello permite a sus propietarios el lucrar una renta, la cual es la diferencia entre la productividad de sus tierras (más fértiles) y la productividad de la tierra marginal, que es cultivada, pero por la cual la renta es nula.

Esta es la versión más inmediata, considerada “extensiva”, de la teoría diferencial de la renta. Viene integrada, de los mismos autores clásicos, con una versión “intensiva”, en el sentido que, a su dosificación de parcelas de tierra cultivada (más fértiles de aquellas “marginales”) puede ser posible aplicarles partes adicionales de los otros factores productivos (capital y trabajo), obteniendo ulteriores producciones, pero también un rendimiento (esta vez intensivo) siempre decreciente. Será obviamente preferible proseguir en esta aplicación (intensiva), hasta el punto en el cual la ganancia diferencial respecto a la parcela marginal será reducida a cero. De esta formulación la renta aparece entonces, en orden lógico, la primera parte del producto nacional que tiene un destino distributivo. Es la parte apropiada por los propietarios de las tierras.

En un contexto social clásico caracterizado de tres clases sociales –los propietarios de las tierras, los trabajadores asalariados y los “capitalistas”, que son también los emprendedores del proceso productivo- el producto neto del sistema económico era considerado como un excedente “sovrappiù”, que se obtiene después de haber reemplazado los medios de producción (en los cuales venían comprendidos los salarios de subsistencia para los trabajadores). Una vez distribuida la renta, lo que queda era destinado a ser subdividido entre los asalariados. Es bastante intuitivo entender como –en un ambiente iusnaturalista dominado por la (entonces emergente) teoría malthusiana de la población – Ricardo (y los clásicos en general) fueron convencidos de que existe un salario “natural”, poco más que de subsistencia, que representa aquel ingreso familiar al cual la población (en media) no es inducida a crecer (población estacionaria). Después de la distribución de este salario a los trabajadores, el “residuo” representa la ganancia de los emprendedores capitalistas.

Esta, en sus tratos esenciales, crudos y simples, es la renombrada teoría de la distribución del ingreso que Ricardo expone en sus Principios. Lo expone naturalmente en modo más complejo y con varias calificaciones. Pero sus tratos relevantes son, esencialmente, los arriba descritos (una versión en términos matemáticos de la teoría ricardiana se puede encontrar en Pasinetti, 1960).

La característica analítica notable de este esquema ricardiano es que, no apenas en el mismo se inserta una concesión de la acumulación del capital con referencia al ahorro de los beneficios de parte de los capitalistas, eso genera un proceso endógeno de crecimiento económico. El mecanismo es simple: el aumento del capital hace aumentar la demanda de trabajadores, y esta demanda hace aumentar el salario. Esto induce (siguiendo la tesis malthusiana) un aumento de la población, que rinde lo necesario para extender la cultivación de las tierras. Si la tecnología queda invariada, se ponen a cultivar tierras menos fértiles, o la explotación más intensiva de las tierras ya cultivadas, pone en manera de rendimientos decrecientes al aumento de la cantidad producida. Eso genera una variación de las proporciones del ingreso nacional neto que es distribuido a las rentas, a los salarios y los beneficios. Los salarios generales (a nivel “natural”) no podrán aumentar en proporción al número de los trabajadores. Las ganancias diferenciales de productividad de las distintas tierras continuarán puramente aumentando, dado que la tierra marginal (aquella tierra menos fértil) continuará en movimiento. Las rentas generales continuarán creciendo. Quien tendrá lo peor será la propia clase social que Ricardo consideraba la más activa: aquella de los capitalistas. El ingreso neto nacional (residual) que queda a los beneficios no podrá disminuir. En

definitiva, la tasa de beneficio no podrá sino descender, y continuará su descenso hasta el punto en el cual se extinguirá su incentivo a ahorrar (acumular capital).

Hay dos canales para contrarrestar esta tendencia. El primero es externo: el comercio internacional. Si se deja que los productos agrícolas (a rendimientos decrecientes) sean producidos en el resto del mundo se pueden concentrar sobre la producción nacional de los bienes industriales (que se producen a rendimientos constantes o crecientes) para ofrecerlos a cambio. El segundo canal es interno y está constituido del mejoramiento de los métodos de cultivo de las tierras (del progreso técnico). Todos los clásicos reconocerían la importancia de este fenómeno. Pero, sorprendentemente, ellos infravaloraron su retorno, convencidos que el aumento de la población al fin terminaría colgando cada posibilidad de aumento de la productividad agrícola y que la acumulación del capital sería al final depositada en un estado estacionario, por “eutanasia” (para usar un término “keynesiano”) de los capitalistas, permaneciendo con una cuota de beneficio despreciable y en cada caso demasiado baja para inducirlos a ahorrar y a acumular. La variación en el tiempo de la distribución del producto neto tendría así por lo tanto un estado “estacionario”, en el cual la distribución del ingreso sería reducida esencialmente a dos cuotas relevantes: aquella de los salarios para los trabajadores (crecido a su número máximo compatible con los recursos naturales existentes, mas clavado a un salario unitario de cuasi-subsistencia); y aquella de las rentas de los propietarios terratenientes: la única clase a devenir, y permanecer, adinerada.

Es necesario reconocer a este esquema ricardiano de la distribución del ingreso y del crecimiento económico una notable nitidez, integridad y sobre todo coherencia lógica.

Propuesto un estadio en el cual la teoría económica era el primer paso, en cuestión de instrumentación analítica, el esquema ricardiano ejerció una fascinación irresistible en la profesión económica de la época. Y por eso se sostiene una concepción a futuro de la ahora emergente sociedad industrial que es injustificadamente pesimista, si se piensa que viene propuesto en el bonito mal de aquel extraordinario fenómeno histórico que fue la “revolución industrial”. No es sorprendente que fuesen los no-economistas, más que los economistas, a acogerse de esta actitud injustificadamente pesimista. Un literato como Thomas Carlyle, por ej., no tenía vacilación en dar a esta “ciencia económica” el epíteto, devenido en famoso, de dismal science (“ciencia triste!”).

3. La teoría neoclásica de la distribución de la renta.

Algunos economistas de la segunda mitad del siglo introdujeron la genialidad del principio marginal, subyacente a la teoría de la renta ricardiana, y vieron la idea de alargar (o como se dice con expresión más suave, de “generalizar”) la aplicación. Aquel conjunto de nuevas teorías económicas que se afirmaron en la última parte del siglo XIX y que vinieron indicadas como “la revolución teórica marginal” se concentraron precisamente sobre el uso generalizado del principio marginal; el cual viene introducido desde el principio para explicar el comportamiento del consumidor (teoría de la utilidad marginal) y después viene aplicado, por extensión, a la entera teoría de la producción y la distribución (y no sólo a la tierra y a la renta).

Este descubrimiento es indudablemente un fenómeno interesante, desde el punto de vista de la historia del pensamiento económico. Esta dicho que el empleo del principio marginal en la teoría de la producción y de la distribución (después convertida como teoría “neoclásica”) ha venido, no a seguir las nuevas observaciones de la realidad, pero sí por analogía; por una cómoda extensión, estéticamente elegante, del principio ricardiano de los rendimientos decrecientes (originariamente referido a la tierra), a todos los recursos existentes.

A medida que la industrialización se extendía de Inglaterra al continente, el énfasis de la teoría económica, era más que naturalmente, destinada a alejarse desde la producción agrícola hasta la producción industrial. La acumulación del capital, más que la extensión de la cultivación de la tierra, se volvió más y más el centro de atención de los economistas.

Eugen von Böhm-Bawerk, uno de los principales economistas teóricos del capital, concibió la acumulación del capital como un continuo aumento de los métodos de producción indirectos (roundabout), como un alargamiento del “período de producción”, que opera una sustitución de capital a trabajo. En esta versión, se viene a retomar el principio marginal y el principio de los rendimientos decrecientes en modo tal de separarlos de una misma concepción. Es importante notar que este proceso

lógico de extensión viene necesariamente a imponer una serie de adaptaciones analíticas; y éstas tienen consecuencias.

Por un lado el principio marginal concerniente a la tierra debía ser plasmado de modo tal de satisfacer las características de los otros factores de la producción. Aquello trajo de hecho a una restricción del principio ricardiano. Más precisamente trajo la aplicación del principio marginal en su versión intensiva, en la forma de los rendimientos decrecientes a las variaciones de las proporciones.

Por otro lado, la aplicación del principio llamaba a la formulación de una serie de suposiciones que trataban a los otros factores de la producción con características similares a las de la tierra (como si se tratase de cuestiones similares). Las consecuencias de esta “asimilación” del capital a la tierra, hechas por exigentes analistas, se han mostrado insospechadamente de gran curso.

Knut Wicksell –el notorio economista suizo- que se adjudicó la más rigurosa versión de la teoría Böhm-Bawerkiana del capital, nombra luego las dificultades analíticas (a las cuales nos referiremos más adelante). No obstante, ellos estuvieron entre los primeros economistas que insertaron en una única “función de la producción”, que viene después transformada como una “neoclásica”, todos los factores de la producción (al principio tierra y trabajo, y después capital), tratándose no ya, como en Ricardo, siguiendo un definido orden jerárquico de sucesión, exactamente en el mismo nivel y de un modo perfectamente simétrico.

Es importante subrayar este orden bien preciso en la sucesión de las extensiones lógicas del principio de la tierra marginal a los otros factores de la producción: el principio viene primero extendido, bastante intuitivamente, al trabajo. Sólo después sigue extendiéndose al capital (si ve: Wicksell, 1901 y 1923). Se puede notar que todavía, en la 6ta. Edición del famoso texto de economía de Paul Samuelson (1964, pág. 518 en adelante), se daba una exposición del modo en el cual el principio del producto marginal determina las cuotas distributivas de la renta, en términos de sólo dos factores de producción: tierra y trabajo.

En estos términos podemos describir el **producto nacional (o ingreso) neto (Y)** como una función –supuestamente continua y diferenciable- de la **tierra (T)** y del **trabajo (L)**:

$$(3.1) \quad Y = F(T, L),$$

todas expresiones en términos físicos. El producto será distribuido en parte a los propietarios terratenientes y en parte a los trabajadores, siguiendo la obvia relación contable:

$$(3.2) \quad Y = r.T + wL,$$

donde: r = **renta de unidad por tierra**; y w = **salario unitario**, entre ambos en términos del producto.

Siguiendo el principio marginal, si el proceso productivo es conducido por los propietarios terratenientes, el salario unitario no podrá superar el producto marginal de la unidad del trabajo, expresado por la derivación parcial de Y respecto a L :

$$(3.3) \quad w \leq \partial Y / \partial L$$

Análogamente, si el proceso productivo fuese conducido por los trabajadores, la renta unitaria no podría superar el producto marginal de la unidad de tierra:

$$(3.4) \quad r \leq \partial Y / \partial T.$$

La distribución del producto depende de quiénes conduzcan el proceso productivo, al cual queda el residuo. Aunque parece poco elegante.

Pero una mente matemática se da cuenta rápido de que existe un caso particular, que se presenta como mucho más elegante. Un teorema de Euler anuncia que, si la función F es homogénea y lineal (si es de primer grado), cada asimetría desaparecería, porque en este caso, sería válida la igualación:

$$(3.5) \quad Y = (\partial Y / \partial T) T + (\partial Y / \partial L) L.$$

La tentación natural que deviene es el suponer que F sea de este tipo, de modo que la igualación (3.5) sea siempre satisfecha y venga así a coincidir con la (3.2).

Si de otro modo se supone que la función F sea convexa (o sea que sus derivaciones sean positivas y después negativas), el esquema teórico se convierte en todavía más elegante. Eso implica rendimientos constantes de escala y rendimientos decrecientes a las variaciones de las proporciones entre los dos factores de la producción (aquello que se puede interpretar como un fenómeno de sustitución entre los dos factores de la producción). De este modo cada asimetría desaparece. Quienquiera que sean los

empresarios (que maximizan su propia remuneración), cualquiera sean las dotaciones iniciales de los factores productivos, un régimen de perfecta libertad de concurrencia conducirá los precios de los factores (es decir a un salario unitario y una renta unitaria), además maximizará el producto, distribuirá a cada factor exactamente su producto marginal, no dejando ningún residuo (positivo o negativo) para ninguno.

Esponáneamente se piensa que este esquema se puede extender o (siempre con una terminología que suena ilusoriamente persuasiva) “generalizar” a un número cualquiera de factores de la producción. En particular, parece espontáneo pensar que eso se puede extender a la producción con el capital como factor de la producción.

También James Meade (1962), al formular su versión de la teoría neoclásica de la distribución del ingreso imponía una función neoclásica precisamente en términos de los tres factores –**la tierra (T), el trabajo (L) y el capital (K)**:

$$(3.6) \quad Y = F(T, L, K),$$

donde se supone que F sea una función (continua, diferenciable) lineal y homogénea, que satisface el teorema de Euler:

$$(3.7) \quad Y = (\partial Y/\partial T) T + (\partial Y/\partial L) L + (\partial Y/\partial K) K,$$

porque el producto neto resulta distribuido en rendimientos, salarios y beneficios sin dejar ningún residuo. Basta con agregar que el sistema económico sea un régimen de perfecta libertad de concurrencia, cualquiera sea la dotación inicial del factor productivo, porque el mecanismo competitivo conduce a un punto de equilibrio de plena ocupación para todos los factores, que será eficiente y estable, dado que, por la suposiciones hechas, el esquema genera relaciones monótonas inversas entre la cantidad física de los diversos factores (T, L, K) y la correspondiente remuneración unitaria ($r =$ **renta**, $w =$ **salario unitario**, $p =$ **tasa de beneficio**). El principio de sustitución entre los factores de producción conduce la (3.7) y la relación contable:

$$(3.8) \quad Y = rT + wL + pK,$$

donde ahora aparece también la **tasa de beneficio** a coincidir entre ellos.

En el período entre las dos guerras mundiales, el estímulo, especialmente en Estados Unidos, a buscar confirmaciones, o en cada caso a proceder a verificaciones empíricas, trajo dos nuevos descubrimientos: **i)** el retorno a concentrarse sólo sobre dos factores de la producción, siendo estos trabajo y capital (¡y no más la tierra!); y **ii)** a adoptar una formulación matemática específica para la función de la producción, para poder hacer elaboraciones sobre los datos empíricos.

La función matemática que trae el más brillante de todos los sucesos de la siguiente:

$$(3.9) \quad Y = A L^a K^b,$$

donde A, a, b son parámetros, a estimar, y donde la suma ($a + b$) debería igualarse a la unidad, o sea:

$$(3.10) \quad b = 1 - a,$$

aunque la función satisface el teorema de Euler. Esta función es transformada como una función de Cobb-Douglas, dado el nombre de dos autores americanos que la utilizaron (Cobb y Douglas, 1928), si bien la misma fue usada por Knut Wicksell en su detención del libro de Åkerman (reproducido en Wicksell, 1934, pág. 286).

La característica interesante de la (3.9) es que -como puede fácilmente notarse- en las condiciones en las cuales los **precios de los dos factores de la producción** (o sea w para el **trabajo** y p para el **capital**) viene siendo determinado según su producto marginal (condición de libertad de concurrencia), el parámetro a asume el significado de **cuota de la renta nacional que viene distribuida a los salarios** y el parámetro $b = (1-a)$ asume el significado de **cuota de la renta nacional que viene distribuida a los beneficios**.

Las dos cuotas distribuidas emergen de la función de Cobb-Douglas como de las constantes tecnológicas. Si se quisiera cambiar (como en el caso de, por ejemplo, que resulten indeseables) aquello significaría intervenir con un mecanismo competitivo responsable del regimiento de la eficiencia del sistema económico.

4. Características de la economía neoclásica.

No se puede negar a esta teoría (neoclásica) de la distribución de la renta la característica de la elegancia analítica y formal, la fascinante simetría, y también aquel sentido de satisfacción que viene de

la aplicación de la instrumentación matemática (que da siempre cierta impresión de ser más “científica”, respecto a una exposición en prosa común, como era aquella de los economistas clásicos). Sobretudo, lo que resulta atrayente es la impresión de que el aparato analítico sea representado bajo un sistema económico en los que sus características resultan ser eficiencia, desde el punto de vista tecnológico, y “justicia”, del punto de vista distributivo. Queda abierta, la cuestión de la distribución originaria del capital y de la tierra, que viene aceptada como dada. Pero se puede pensar (como ha hecho explícitamente Meade) en demandar la tarea de una redistribución de los recursos que la autoridad pública logra en su actividad fiscal. No hay duda como sea que, por cuanto resguarda la distribución de la renta nacional, el escenario aparentemente es satisfactorio. En condiciones de perfecta libertad de concurrencia, algún factor de la producción obtiene plena ocupación, gracias a sus infinitas posibilidades de sustitución con los otros factores, y para más recibe su producto marginal, que corresponde a su contribución tecnológica a la producción. Tiene la interesante característica de no requerir alguna distinción entre la productividad marginal del capital relevante por el simple individuo y la productividad marginal “social” del capital. Fue de apoco en estos términos que John Bates Clark, en una serie de artículos, en el último decenio del siglo pasado, hace una visión de la teoría neoclásica de la distribución de la renta (Clark, {1894}1987, 1899).

La consecuencia extrema de esta explicación se puede ver en Schneider (1934), que aplicó la función de producción neoclásica del tipo (3.9) a nivel de una sola empresa, y trató el modelo como si alguna empresa tendría efectivamente a disposición una función de la producción continua, diferenciable, convexa, con todas las posibilidades de adaptabilidad inmediata implícita en las mismas funciones.

Naturalmente no todos los economistas neoclásicos han sido así de entusiastas e ingeniosos como John Bates Clark o como Eric Schneider. De hecho la difusa convicción, no obstante la simplicidad del modelo, fue sustancialmente debida a la intención de expresar elementos importantes de la realidad económica competitiva.

Por citar algunos autores relevantes, James Meade (1962), en su presentación del modelo neoclásico, se sentía justificado al afirmar:

“...sería deseable suponer la existencia de una pluralidad sea de bienes de consumo o sea de bienes de capital...pero tengo la fuerte sensación que el resultado principal sería de no alterar sustancialmente la conclusión de base del presente análisis sino de aumentar enormemente la posibilidad de sustitución entre los varios factores de la producción...” (Meade, 1962, pág. X).

Paul Samuelson, por su parte, en la 6ta. Edición de su renombrado texto de economía pensaba al concluir:

“...la teoría neoclásica de la distribución de Clark, es un fruto de la simplificación, y lógicamente completa y refuerza una imagen verdadera de la concurrencia idealizada...” (Samuelson, 1964, pág. 526).

Se debe reconocer a Samuelson el mérito de ser siempre un vanguardista en su tentativa de extender la teoría de John Bates Clark al caso general. Cuando comenzaron a difundirse los modelos económicos multisectoriales, Samuelson (1962) formuló un esquema económico con pluralidad de bienes de capital, que en su complejo se comporta precisamente como el modelo de Clark. Presentó su construcción analítica con el intento de demostrar que el modelo de Clark se relevaba a una útil y significativa “parábola”, capaz de expresar los tratos esenciales de fenómenos más complicados. La conjetura era que la realidad, si bien es compleja, fuese sustancialmente tal de conducir a la misma conclusión del modelo Clarkiano.

Robert Solow (1963), extendiendo su interés a los casos en que las condiciones tecnológicas no son tan favorables como para dar luego una función de la producción continua y perfectamente diferenciable, pues son discontinuas, se fue convencido de haber vuelto al concepto Fisheriano de la “tasa de rendimiento” rate of return una expresión de lo ganado por el sistema económico en su conjunto, derivada de una dosis ulterior del capital; o sea una expresión moderna –al interior de los modelos lineales con pluralidad de técnicas de producción- de la noción más tradicional del producto marginal social del capital. Ni Samuelson ni Solow tuvieron en cuenta, al principio, (como se señalará pronto) cuan restrictivas eran las suposiciones que necesarias para arribar a estos resultados.

5. La emergente de una teoría “keynesiana” de la distribución de la renta, es seguida a una teoría del crecimiento económico.

Ha llegado (después de un siglo de entumecimiento) la continuación de la teoría del crecimiento económico (a la cual los clásicos se dedicaron con empeño, aunque con pesimismo) al despertarse las discusiones sobre la teoría de la distribución de la renta. Con el explícito intento de transferir al largo período las relaciones macroeconómicas keynesianas, Harrod (1936 y 1947) descubre -y Domar confirmó (1944) en modo más analítico- que, refiriéndose a las economías industrializadas, en las cuales asumen relevancia los dos factores “trabajo” y “capital”, un crecimiento económico continuo y en equilibrio dinámico requiere que se satisfaga una simple, pero interesante y robusta relación:

$$(5.1) \quad g = s/v,$$

donde: g = tasa porcentual “natural” de crecimiento; s = ahorro/ ingreso neto; v = capital/ ingreso neto. La tasa “natural” de crecimiento viene definida por la suma:

$$(5.2) \quad g = n + I,$$

donde n = tasa porcentual de crecimiento de la población trabajadora y I = tasa de progreso técnico “neutral” (definido como la tasa porcentual del crecimiento productivo del trabajo, y ahorro v constante, con la suposición de que el producto neto y el capital general crece exactamente al mismo ritmo).

La (5.1) es una sola ecuación pero contiene tres magnitudes: g , s , v . ¿Cuáles de estas tres magnitudes puede razonablemente considerarse la incógnita?. Harrod no toma posición. Era inevitable que comenzaran las discusiones y que las mismas trajeran varias teorías y que se pudieran tomar vías distintas.

Nicholas Kaldor (1955-56) propuso un escenario de clara inspiración clásico/ keynesiana, que se puede presentar sintéticamente del modo siguiente. En un sistema económico en expansión capitalista, hasta que una suficiente acumulación primitiva no tiene todavía lugar, la tasa de crecimiento del sistema, o sea g -como en los modelos clásicos- es la que debe considerarse la incógnita en la relación (5.1). Los trabajadores están disponibles en cantidad prácticamente ilimitada, a un salario constante, siguiendo la típica formulación clásica. La constante tecnológica v es la posibilidad de ahorro del sistema económico, s , viene así a determinar (endógenamente) la tasa de crecimiento, siguiendo un mecanismo que en el entretiem po había sido evidenciado también por Arthur Lewis (1954).

Todavía – según Kaldor- apenas la acumulación del capital a absorbido la entera cantidad de trabajadores disponibles, se entra en una segunda fase. La tasa de crecimiento del sistema económico cesa de ser determinada, refiriéndose a la cuota de la renta destinada al ahorro, y se fija de la posibilidad de aumento de la población trabajadora y del conocimiento técnico, que sería como un estrangulamiento del sistema. Aquello tendrá la consecuencia de hacer aumentar los salarios. En esta segunda fase (del crecimiento), el rol de la gran incógnita viene a ser jugado por **ahorro / renta**, s , que sin embargo es una magnitud compuesta. Esta puede considerarse como una media ponderada de al menos dos propensiones al ahorro:

$$(5.3) \quad s = s_w (W/Y) + s_p (P/Y),$$

donde: s_w es la propensión media a ahorrar de los trabajadores y s_p es la propensión media a ahorrar de los capitalistas, mientras W/Y y P/Y son respectivamente la cuota distributiva del salario y del beneficio. El caso más simple es aquel clásico, en el que $s_w = 0$, o sea en el cual los trabajadores no ahorran: todo el ahorro del sistema económico viene efectuado por los capitalistas. Se ve rápidamente que en este caso hay una sola tasa de beneficio $P = (P/K)$ de equilibrio (que transforma la incógnita):

$$(5.4) \quad P = g / s_p,$$

En esta relación (transformada como “ecuación de Cambridge”), el nexo causal va de g (exógena) a P (incógnita). Esta relación es demostrada de sospechada robustez (se ve en la elaboración de Pasinetti, 1962). Determina la (5.3), las dos cuotas distribuidas, en una sucesión lógica similar (pero opuesta) a aquella “ricardiana”: primero viene determinado el beneficio y después, en modo residual los salarios.

No es así emergente de una teoría kaldoriana – que Kaldor ha llamado ‘keynesiana’- de la distribución de la renta. Eso confirma la idea clásica de una asimetría de base entre los factores de producción y, como consecuencia, de la distribución de la renta, pero no retoma la dirección. Es la categoría de los beneficios a ser determinada en primera instancia, la exigencia de la acumulación necesaria para sostener el aumento de la población trabajadora y el aumento de la productividad. La categoría del asalariado absorbe después todo el “residuo”. Al mismo tiempo, la visión kaldoriana (contrariamente a aquella clásica) aparece sorprendentemente optimista. Una vez satisfechas las exigencias

de la acumulación, todos los aumentos de productividad (“todos los frutos del progreso técnico”) se traducen en un aumento del salario, que en el tiempo aumentarán a su vez la productividad.

En efecto la idea que está en la base de esta teoría de la distribución de la renta –o sea la idea de que la acumulación, las inversiones, determinan los beneficios (y no a la inversa) –ha sido ya propuesta en los años treinta por un economista polaco, Michal Kalecki (1938, 1941), en un contexto en el cual se tenía la hipótesis de que la desocupación se debía a la falta de demanda efectiva. Kalecki había anticipado a Kaldor, y por mucho también a Keynes, pero sus ideas no habían sido recogidas.

Reentrando en esta línea de pensamiento tenemos, al menos en sentido lato, también las elaboraciones de Piero Sraffa, economista italiano emigrado a Cambridge, Inglaterra, a fines de los años veinte y perteneciente al grupo de los economistas que trabajaron en estrecho contacto con Keynes.

Sraffa publicaba en el año 1960, después de treinta años de gestación, su libro verdaderamente notable –breve, pero extraordinariamente compacto y denso de conceptos e intuiciones, Sraffa tenía dedicada una vida entera a la visión crítica de la obra de Ricardo. En su libro presentaba una versión moderna, sea en forma extensiva que en forma intensiva, de la teoría ricardiana de la renta (Sraffa, 1960). Adoptando un esquema de producción multi-sectorial, Sraffa devolvió la concepción clásica de la producción neta global considerada como “excedente” respecto del reemplazo de los medios de producción, y demostraba cómo, al interior de tal concepción, la distribución de la renta venía seguida de un proceso que, si bien es más complicado de aquel pensado por Ricardo, es todavía del mismo tipo; que comporta relaciones asimétricas. La renta depende de la no-uniformidad técnica de los recursos disponibles, como Ricardo había descubierto al inicio. No entrando así en la determinación de los costos. Emergiendo como una ganancia diferencial neta para los poseedores de los recursos naturales técnicamente más productivos, respecto a los correspondientes recursos marginales. Se puede por lo tanto considerar de un modo separado de aquello que viene en el resto del proceso de producción (se ve, a este resguardo, el análisis particular de Quadrio Curcio 1967). Por cuanto observa los beneficios y los salarios, también las otras dos variables distributivas, Sraffa demostraba que el esquema económico de producción (contrariamente a cuanto sostenían las teorías neoclásicas) no es de por sí en grado determinable. Una de estas dos variables distributivas –o sea o el salario o los beneficios- viene determinada por relaciones que son exógenas respecto al proceso de producción. Como se recordará, Ricardo (con todos los clásicos), había afrontado el problema precisamente en estos términos y había pensado en una determinación externa del salario. Sraffa (como Kaldor) individualiza en la tasa de beneficio la variable para buscar la determinación en modo exógeno respecto al proceso de producción. No adhiere todavía a la teoría kaldoriana (por no rechazara expresamente, ni negarle la compatibilidad con su propio esquema). Subrayó en cambio que se pueden ver varios canales alternativos para tomar las consideraciones y mencionó –como ejemplo- el proceso que sostiene la determinación de la tasa de interés en los mercados financieros (con esto se acerca más a la idea de Keynes que a la de Kaldor).

Como sea, la contribución importante de Sraffa ha sido aquella de abrir el problema de la determinación de la tasa de beneficio – y con ello el entero problema de la distribución de la renta- no sólo tuvo en cuenta consideraciones exclusivamente económicas, porque también tuvo en cuenta el aspecto institucional del sistema económico, como objeto de análisis, para satisfacer explicaciones de la distribución de la renta.

Como sea, después de un período inicial de entusiasmo- quizás también excesivo- las elaboraciones de Sraffa concernientes a la distribución de la renta, como aquellas de Kalecki, han sido dejadas de lado.

6. Retorno a la teoría neoclásica.

En cambio ha tenido lugar, en el entretiem po, un sorprendente retorno de la teoría neoclásica.

En la interpretación de la relación de Harrod- Domar, hay énfasis en una tercera posibilidad que puede ser recorrida. En la (5.1) figura una tercera variable, la ν , la magnitud tecnológica. Los economistas neoclásicos la interpretan como sí, en el modelo de Harrod-Domar, esta expresara el “caso de los coeficientes fijos”. Y puesto que ν no puede considerarse fija, a ellos les pareció obvio que debería ser ν la considerada como la gran incógnita en la relación (5.1).

En un artículo de 1956, Solow explícitamente enunciaba el propósito de presentar un modelo “que acepta todas las suposiciones de Harrod-Domar salvo aquella de las proporciones fijas” entre los factores (Solow, 1956, pág. 66). En efecto, aquello tenía muchas otras suposiciones, que no eran de Harrod-Domar. Solow introdujo la existencia de una función neoclásica de la producción en los factores “trabajo” y “capital”:

$$(5.5) \quad Y = F(K, L),$$

que tenía todas las características descritas en el párrafo 3. Se demuestra rápidamente que, así interpretada la relación de Harrod-Domar con g y s fijas - genera una solución de equilibrio con plena ocupación de los dos factores de la producción K y L , cualquiera sea la dotación de pertenencia de estos dos factores (dadas las infinitas posibilidades de sustitución entre capital y trabajo, implícita en la función neoclásica de la producción), y con la igualación ideal entre remuneración de los factores y su respectiva productividad marginal. Si la población trabajadora aumenta la tasa de crecimiento n y el capital se incrementa a una proporción fija del producto nacional neto, igual a s , las relaciones inversas entre los precios de los factores y respectivas cantidades físicas aseguran la convergencia del sistema en un sentido dinámico estable a través del cual se satisface la relación de Harrod-Domar. Solow había de este modo devuelto la teoría neoclásica de la distribución de la renta y la había comprometido en el modelo de crecimiento de Harrod-Domar.

Un discurso un poco más complejo surgía de la preocupación harrodiana por el progreso técnico. En el modelo de Harrod, la introducción del progreso técnico aparece de modo, se podría decir, más simple y natural, como un aumento, al mismo ritmo, del capital per-cápita y del producto neto per-cápita. En el modelo neoclásico en cambio, a causa de la perfecta simetría entre los factores de la producción (impuesta del exterior como un argumento superior), la introducción de una variación del conocimiento técnico da lugar a la posibilidad de tres diversos modos de concebir el progreso técnico, y que se une a un aumento de la productividad del trabajo (labour-augmenting) en aumento de la productividad del capital (capital-augmenting) o en aumento de la productividad de la entera función F . A cada uno de los tres tipos de progresos técnicos corresponde un particular concepto de “neutralidad”. Emergente de tres tipos de “neutralidad”. Estos tres tipos de “neutralidad” son descubiertos respectivamente con el nombre de “neutralidad según Harrod” (aquella que aumenta la producción per-cápita una relación *capital / renta constante*); “neutralidad” según Solow (aquella que aumenta la producción por unidad física de capital, una relación *trabajo / renta constante*); y “neutralidad” según Hicks (aquella que aumenta la productividad física de entre ambos factores, una relación invariable entre las productividades marginales).

Todo este discurso parece bastante complicado, pero presta una elegante exposición matemática que da la impresión de gran generalidad. El caso de Harrod aparece como uno de los tres posibles casos particulares. De hecho el caso de progreso técnico a la Harrod, considerado “labour-augmenting” (que en la exposición de Harrod viene dado como el caso obvio, simple y natural), resulta en efecto el único de ser compatible con un crecimiento de la tasa de crecimiento estable de largo plazo. Los otros dos tipos de neutralidad no conducen en general a ningún argumento dinámico regular, o como sea, de cualquier interés.

Se ha descubierto todavía que, cuando la función de producción es de tipo Cobb-Douglas, todos y los tres tipos de neutralidad (maravillosa Cobb-Douglas!!!) son representables exactamente con la misma expresión analítica, si bien la interpretación de los parámetros de la misma es distinta en los tres casos. Son reconducibles al único caso de “neutralidad” relevante – aquel de Harrod- por el crecimiento en equilibrio a tasa de crecimiento estable (se ve a propósito en Allen, 1967, cap. 13).

En los años setenta de este siglo y después, es la teoría de la distribución neoclásica, que surge del modelo de crecimiento de Harrod-Domar, como se ha indicado en este párrafo, la que ha cobrado los mayores ascensos en la literatura económica dominante, sobretudo con el uso de la función de producción de Cobb-Douglas.

El párrafo que sigue es dedicado a una crítica severa de este descubrimiento teórico.

7. Crítica de la función neoclásica de la producción.

Es oportuno subrayar que la particular función de la producción tipo Cobb-Douglas viene propuesta en los años veinte y treinta para poder efectuar verificaciones empíricas con la utilización de

los datos que todavía estaban disponibles: sobre la producción, sobre el trabajo, y sobre el capital. Razonablemente, por usar datos agregados, se hacían simplificaciones y aproximaciones. ¿Pero con qué marcos de tolerancia? Aquellos que conducen a las verificaciones las presentan con gran satisfacción (Cobb-Douglas, 1928, Douglas, 1934). Pero sobre la interpretación de los resultados las críticas fueron numerosísimas. En un reciente artículo, Sylos Labini (1966) ha presentado una reseña de las aplicaciones empíricas que han sido realizadas con el uso de la función Cobb-Douglas desde los años treinta a nuestros días, y ha llegado a conclusiones decisivamente negativas.

Basta mencionar que, en la gran mayoría de los casos, la suma de los dos parámetros (**a, b**), que debería representar a la cuota distributiva, resulta decisivamente lejos de la unidad –a veces directamente negativas– una contradicción con la realidad. A quello que han hecho los investigadores, para eliminar esta contradicción, ha sido simplemente adoptar el expediente de introducir una ulterior suposición, que elimina la contradicción. Han impuesto el vínculo de que la suma de (**$a + b$**) sea igual a la unidad; procediendo después de haber supuesto este vínculo, a la estimación empírica. Han así renunciado a “explicar” la cuota distributiva. Porque haciendo esto la (3.5) viene a coincidir, por hipótesis, con la misma relación contable (3.2), y por lo tanto no es más una relación independiente derivada de la función de producción; se debe al menos reconocer que sus parámetros difieren aparte de otras (alternativas) interpretaciones. (si ve por ejemplo, aquella –muy posible– de Sylos-Labini, 1966).

Si estos son los resultados, existe por lo menos la justificación de que, cualquier cosa que haya de más profundidad no “funciona” en la función de producción neoclásica.

Al fin de la formulación de la teoría neoclásica de la distribución de la renta, la mayor crítica ha sido directamente dirigida sobre los tratados reservados al factor capital. Un notable trabajo de reseña, busca el modo como el capital ha sido tratado en la teoría de la distribución de la renta, es aquel de Garegnani (1960 y 1990). Estos han descubierto una crítica puntillosa, con resultados enteramente negativos, en las confrontaciones de la teoría neoclásica. No todas sus críticas son igualmente convincentes, pero sus argumentaciones de fondo no han sido fácilmente refutadas.

Esencialmente, el mayor defecto de la teoría neoclásica es de haber querido imponer aquella perfecta simetría entre el tratamiento del “trabajo” y el del “capital”, que ha sido sugerida por elegancia matemática, pero que no encuentra soporte ni en la realidad ni en la lógica. Es un hecho que, por razones constitutivas, los dos factores no se presentan de modo simétrico. El trabajo es medido en términos físicos (digamos: por hora, o por día de trabajo) y a esto le corresponde su remuneración, o sea el salario unitario (salario por hora, por día, o por mes de trabajo). El capital a su vez debe ser expresado en términos físicos, cuando es insertado en cualquier función de la producción (digamos: números de máquinas, o un índice cuantitativo de su cantidad física). Pero su remuneración (la tasa de beneficio), o sea la que es relevante al fin en una teoría de la distribución de la renta no es commensurable en cantidad física, merced a su valor (o sea su cantidad física multiplicada por su precio; y este precio –como todos los precios– a su vez depende de la tasa de beneficio). En el caso de un modelo de una paga sola (y sólo en este caso), cantidad física y valor vienen a coincidir, porque el precio del producto y el precio del capital coinciden, por suposición. En este caso, la asimetría no se ve. La función neoclásica de la producción (en este caso y solamente en este caso) no manifiesta incoherencias lógicas. Pero no apenas se pasa tan solo a un modelo de dos pagas (por ejemplo: un bien de consumo y un bien de capital), la función de producción neoclásica (3.6) no es más lógicamente coherente. Hay dos posibilidades: o se usa el símbolo **K** para indicar la cantidad física del capital (y ahora la derivada parcial $\partial Y / \partial K$ no representa más la tasa de beneficio, al contrario de la remuneración del arrendatario.- o renta- del capital que a su vez va multiplicado por el precio del bien de capital); o si se insiste en usar el símbolo **K** para representar el valor corriente del capital, pero en este caso la derivada parcial se presenta con dos adherentes: uno que representa la variación de la cantidad física del capital y la otra que representa la variación del precio de tal cantidad física.

El economista suizo Knut Wicksell (1901), que se une a esta circunstancia, elige siempre, con gran coherencia, inferir en su función de la producción el capital medido en términos físicos, que viene multiplicado por su respectivo precio, primero de ser usado como argumento de la derivada que representa la productividad marginal del capital. Pero Wicksell se da cuenta rápidamente que, haciendo así, el producto marginal del capital no puede más ser igual (salvo por una extrema coincidencia) a la tasa de beneficio (que ellos suponían coincidía con la tasa de interés). Así su conclusión ha sido que el producto marginal es siempre inferior a la tasa de beneficio, porque la variación del capital trae el cambio del precio de los factores y con esto el de la unidad (corriente), en términos de la cual el capital mismo es

medido. La divergencia entre la tasa de beneficio y el producto marginal del capital ha sido llamada efecto de Wicksell.

El descubrimiento interesante de esta argumentación ha sido que, en una discusión con el Dr. Åkerman, Knut Wicksell (1923) arribó por un lado a confirmar su precedente resultado, busca una divergencia entre la tasa de beneficio y el producto marginal del capital, pero por otro lado viene también a descubrir, con gran sorpresa, que tal divergencia no se manifestaba siempre en la misma dirección. Podía, en ciertos casos – como había siempre pensado- ser negativa (efecto de Wicksell), pero podía en otros casos resultar positiva, generando así un “efecto de Wicksell” a la inversa.

Las consecuencias del análisis de Wicksell para la teoría marginal del capital son graves. Wicksell no tuvo el tiempo para profundizarlo.

¿Cómo se debe llamar: si el producto marginal del capital y la tasa de beneficio no resultan tener relaciones unívocas entre sí, y qué rol relevante puede tener el concepto mismo de utilidad marginal del capital”? Precisamente este interrogativo ha sido la base en los años cincuenta y sesenta de este siglo de una controversia sobre la teoría del capital, que en ciertos casos ha asumido un acento áspero.

Se pueden, con resguardo, distinguir dos fases. La primera fase comenzó con un duro ataque de Joan Robinson (y en parte, también de Nicholas Kaldor y de Richard Khan) a la concepción misma de “función neoclásica de la producción”.

La Robinson (1953-54) representa sustancialmente el resultado de Wicksell y, proponiendo una tecnología constituida en no más de un continuum de técnicas productivas, pero en un número finito de las mismas, combinándolas de dos en dos según una relación lineal, concentró su crítica sobre el concepto de “capital” como factor de la producción. ¿Qué significado se puede dar –agregó Robinson- al capital, K , que entra en la función neoclásica de la producción cuando, si se expresa en valor, este valor no es más independiente de la distribución de la renta?.

Las discusiones que siguieron han sido muy nutritivas. Un aspecto importante de la discusión ha sido el de esclarecer cuáles son las condiciones que podían ser satisfechas para que los bienes capitales heterogéneos se puedan agregar en una única cantidad física. Emblemáticos son los artículos de Samuelson (1962) sobre la “función de la producción” y la propuesta de Champernowne (1953-54) concerniente a la construcción de un “índice a cadena” en el proceder a la agregación de bienes capitales, que se suceden en el proceso de variaciones de las técnicas de producción, cuando varía la distribución de la renta. Las conclusiones alcanzadas (si se ve también Fisher, 1971) se pueden sintetizar en las condiciones que debían ser satisfechas, para la agregación de bienes de capital heterogéneos, son tan extraordinariamente restrictivas que excluyen con cada razonamiento que una medida física agregada de los bienes capitales se pueda construir.

Admitiendo esta proposición, los economistas neoclásicos han, generalmente, diferido los procedimientos de agregación del capital haciendo notar que también la cantidad total del trabajo y del producto nacional neto son el resultado de una agregación de magnitud heterogénea. Cuando se quiere proceder, por simplicidad, a una agregación, se presenta en gran parte, para el trabajo y para el producto neto, problemas similares. Es naturalmente verdad. Pero aquí se trata un tema fundamental (en las discusiones sobre la agregación pueden haber contribuido a hacer desviar la atención a la consideración). El problema que se presenta para el capital no es tanto constituido de la dificultad de encontrar expedientes prácticos suficientemente adecuados a conducir el proceso de agregación, cuanto de la dificultad conceptual de poder tratar una cantidad agregada expresada en valores (el capital) a la misma porción de otras cantidades agregadas (la tierra y el trabajo) que son a su vez expresadas en términos físicos. Los dos tipos de cantidad agregada no pertenecen a la misma clase lógica, y no se pueden meter sobre el mismo nivel, ni inferir de modo simétrico en la misma función. Aquí no es más cuestión de aproximación más o menos apropiada: es cuestión de una fundamental e inmovible diversidad conceptual de los “factores” trabajo y tierra de una parte y del “factor” capital de la otra.

Es este problema el que ha traído un poco más de luz a la segunda fase de las discusiones. Éste ha tenido origen en un capítulo, brevísimo, y al inicio de todo el transcurso, relegado al final de la obra de Piero Sraffa (1960).

Sraffa había hecho notar que, en un esquema multisectorial de producción, las técnicas de producción que venían elegidas, cuando cambiaban con el tiempo las más aprovechables al variar las distribuciones de la renta entre los beneficios y salarios, no eran seguidas en modo unívoco. Cualquiera podía ser la convicción seguida para “mensurar” al capital empleado, técnicas de producción que requerían ellos, a una baja tasa de beneficio, una elevada proporción entre capital y trabajo, podían ser superadas por otras técnicas de producción (más provechosas) cuando la tasa de beneficio era más elevada. Esto es conocido como el fenómeno del “retorno de la técnica” (re-switching of technique), que –pasó casi inobservado en la publicación del trabajo de Sraffa - se trajo a la candilejada de una serie de contribuciones formando parte de un Simposio, tomado por Samuelson de 1966, estimulado de un artículo de Pasinetti (el primero de tal Simposio), fue seguido de una muy nutrida lectura (basta para posponer la reseña de Harcourt, 1972).

El resultado principal de esta contribución es que no existe, en general, una relación monótona inversa entre la cantidad de capital (en cualquier modo que se lo vaya a mensurar, en términos físicos o en valor) y la tasa de beneficio. Esta proposición vacilará en cuanto a referirse al sistema en su conjunto o solamente al proceso productivo, y todavía permanecería válida, no obstante los enormes esfuerzos que han sido hechos por un número extraordinariamente elevado de economistas neoclásicos por contrastarla o atenuarla o por disminuirla.

Los participantes de aquel Simposio habían también participado del retorno teórico del resultado, que es devastador para la teoría neoclásica de la distribución de la renta, dado que priva de cada generalidad aquella relación-supuesta (y bien recordada) por extensión y analogía y no seguida de la observación- entre precios del factor “capital” y respectiva cantidad, en cualquier modo que venga mensurada. Esta era una propiedad que era característica de todas las relaciones de la teoría económica tradicional.

Samuelson sintetizaba así la conclusión del Simposio:

“ el fenómeno del retorno...de la técnica...muestra la simple fábula narrada de Jevons, Böhm-Bawerk, Wicksell y otros escritores neoclásicos- , y también que, a medida que la tasa de interés disminuye en consecuencia de abstinencia del consumo presente a favor del consumo futuro, la tecnología debe cambiar en cualquier sentido más indirecta, más “mecanizada”, y más “productiva”- no puede ser válida universalmente... Resulta que no hay modo ambiguo de caracterizar diversos procesos productivos como “más intensamente capitalistas”... si todo esto causa dolores de cabeza a los nostálgicos de las viejas parábolas de la literatura neoclásica deberíamos convencernos a nosotros mismos que los estudiosos no han nacido para vivir una existencia fácil. Deberíamos respetar y, valorar, los hechos de la vida.” (Samuelson, 1966, pág. 568, 582-3)

Charles Ferguson, en un libro específicamente dedicado a la teoría neoclásica de la producción y la distribución de la renta (1969), concluía renovando la proposición de Samuelson:

“La crítica que viene de Cambridge muestra en modo definitivo que pueden haber estructuras de producción en las cuales la parábola Clarkiana puede no ser válida... la cuestión crucial y problemática es que los economistas pueden ser incapaces de enunciar alguna proposición concerniente a la relación que intercede entre la producción y los input y output del mercado de concurrencia. Yo pienso que, no obstante todo, ellos pueden enunciar tales proposiciones; pero esto es un acto de fe.” (Ferguson, 1969, pág.269).

¡Un acto de fe! ¿cómo se puede aceptar? La cuestión no quedaría evidentemente en estos términos, o al menos no podía quedar en estos términos de modo explícito.

Vale la pena recordar que un metodólogo de la ciencia (Thomas Kuhn, 1962) quien ha enseñado que no es una novedad en la historia de la ciencia, obtener resultados que contradicen la teoría o “paradigma” predominante. La actitud más común en estos casos (hasta que un nuevo y más satisfactorio, “paradigma” sea encontrado) es simplemente ignorar los resultados “anómalos”.

En los años sucesivos esto es precisamente lo que se ha hecho.

8. “Remoción” del re- switching en la literatura económica dominante.

Después de las intensas y controvertidas discusiones sobre la teoría del capital general del fenómeno de re-switching o “retorno de la técnica” venidos en los años setenta de este siglo, se ha sorprendentemente asistido, en la literatura económica, e n el giro de poquísimos años, a una rápida y casi, imprevista, desaparición de las discusiones sobre este tema.

Las fases a través de las cuales son comidas por este estado de cosas son interesantes desde el punto de vista de la historia de la ciencia económica y merecen cuidadosa consideración, también a costa de una breve digresión de su argumento.

La primera reacción al descubrimiento del re-switching ha sido de pensar intuitivamente que, desde el punto de vista empírico, debería ser un caso extraño o bizarro o raro. Los economistas que, originariamente, lo pensaron, lo hicieron con repugnancia instintiva, porque iba en contra del modo de pensar que habían heredado. Lo llamaron con variados términos: “paradojal”, “perverso”, “excepcional”, “incómodo”, “anómalo”, un caso que “...la institución sugiere como irreal”, y así (si ve lo citado en Pasinetti, 1966, pág.515). Charles Ferguson, como se ha referido, fue más explícito y cándido. Reconfirmó su instintiva confianza en la función neoclásica de la producción, pero admite que se trataba de “un acto de fe”.

Sigue una segunda fase la cual fue una puntillosa búsqueda de las condiciones que podrían ser suficientes para excluir el fenómeno del re-switching (a propósito se puede ver por ejemplo Fisher 1971, Sato 1974, Burmeister 1980). Pero también las tentativa en esta dirección no fueron muy lejos. Las condiciones requeridas resultaron así extremadamente restrictivas.

Hay una tercera fase, que puede aparecer un poco extraña, por su debilidad de soporte teórico y empírico, pero que ha sido saludada por los teóricos de la economía dominante. El conocimiento de esta tercera fase se puede comprender en la siguiente proposición: la crítica a la teoría tradicional del capital, sobre el fenómeno del re-switching son válidas, pero sólo se refieren al modelo teórico neoclásico en términos agregados. No lo son si vienen referidos al modelo neoclásico del equilibrio económico general, en términos desagregados y fundado sobre comportamientos de maximización de la función individual intertemporal de beneficio y utilidad.

Esta proposición no tiene en efecto alguna base objetiva: fenómeno de no- controversia, de retorno de la técnica, de función de la producción badly-behaved, como han sido llamadas (que se comportan “mal”, respecto a cuanto suponen los teóricos neoclásicos) no son –como ha sido demostrado ampliamente- una consecuencia, o característica “agregación”: se puede presentar siempre, en cualquier contexto, agregado o desagregado. Varios autores han continuado demostrándolo (por ejemplo: Kurz., 1987; Schefold, 1997, Garegnani, 1998, etc.). ¡Pero son tantos! La convicción contraria se afirma y difunde. Sobretudo la proposición que anteriormente se ha estado repitiendo continuamente sin demostración quedándose simplemente en otras fuentes, que a gusto de ellos es insuficiente o incoherente. (un caso emblemático es aquel de Bliss, 1987).

La principal de estas fuentes es constituida de un artículo de Frank Hahn (1982) increíblemente polémico y dogmático, apuntando sobre aquellos que ellos llaman los “neoricardianos”. Sin duda con habilidad retórica y dialéctica, Hahn ha cambiado las bases del debate. Ha admitido, sin medios términos que toda la versión de la teoría neoclásica del capital y de la distribución de la renta fundada sobre funciones agregadas de la producción (esencialmente toda la postura neoclásica que encabezan Böhm-Bawerk, Wicksell y John Bates Clark) es abandonada por incoherente e incorrecta. Ha luego, proseguido sosteniendo que la versión correcta y relevante de la teoría neoclásica no es aquella de Böhm-Bawerk, Wicksell y Clark, y menos aquella de Marshall, que hace a la formulación walrasiana del equilibrio económico general, en su versión moderna, y representada en el esquema de Arrow-Debreu (ver Arrow-Debreu, 1954; Debreu, 1959). En esta versión, el esquema se presenta como muy general. Si bien, en términos esenciales, el esquema es un modelo de puro cambio (o sea que todos los “agentes” intercambian en base al postulado de la maximización de la utilidad), eso se puede representar también en términos intertemporales, asociando a cada recurso un índice de cantidad y un índice de tiempo. En esta versión, el fenómeno de la producción se transforma en un fenómeno de cambio en el tiempo. Se puede formular un esquema en el cual existe toda una constelación de bienes de capital heterogéneo. En cada momento del tiempo el postulado de maximización (de utilidad y de beneficio) de los “agentes” (consumidores y empresarios) conducen al sistema a posiciones de “equilibrio temporáneo” que generan un sistema general de precios de cada recurso, presente y futuro.

Esta formulación, según Hahn, comprendería también el modelo de Sraffa como un caso particular, o sea como aquel caso particularísimo en el que la constelación de los bienes heterogéneos de pertenencia están entre ellos exactamente en aquella proporción que genera una tasa de beneficio uniforme. Pero en general, “el precio de equilibrio” generado del sistema implicaría tasas de interés (y de beneficio, supuestamente coincidentes con la tasa de interés) que son distintas de un bien de capital (heterogéneo) al otro. Aquello más relevante en el modelo walrasiano al de Arrow- Debreu, dado que este es un modelo de determinación de precios (se emprenderá este aspecto en el párrafo siguiente). La no uniformidad de la tasa de interés viene también presentada con orgullo como un índice de generalidad del modelo. Hahn admite que en el esquema se podría tener problemas de falta de unidad y/o de falta de estabilidad de las soluciones. Todavía el esquema sería – concluye Hahn- inmune de la crítica emergente del fenómeno del re-switching.

¿Pero en qué modo? Aquí está el punto. Según Hahn, en un sistema con multiplicidad de técnicas de producción, quedaría siempre válida la igualación entre remuneración de cualquier bien capital y la derivada de la producción al respectivo input, es decir a la “productividad marginal” (en términos físicos), si bien no se podría afirmar la dirección de causalidad, porque todas las soluciones emergen de un sistema de ecuaciones simultáneas. Hahn admite que podrían ser naturalmente “no-convexas” y de la función de la producción que no se comporta bien (“badly behaved”), o sea podrían ser casi de re-switching. ¡El re-switching aquí sí podría ser! Pero en el expediente. Hahn, admitiendo este caso, relega la categoría de la dificultad relativa a las zonas de “inestabilidad”. Ahora las zonas de inestabilidad podrían ser en cada caso los modelos con bienes de capital heterogéneos, también en el caso de funciones perfectamente convexas y well-behaved. En efecto, Hahn la había demostrado en su artículo precedente (Hahn, 1966); un artículo –debe subrayarse- crítico de la teoría dominante. Así ha sido generada la confusión: una confusión entre dos fenómenos diversos, y eso es: **a)** la inestabilidad, en general, puede dar lugar a todos los modelos neoclásicos con bienes de capital heterogéneos, y **b)** el fenómeno particular del re-switching, el cual –viene reclasificado como generador de la inestabilidad (lo que no es incorrecto porque, entre otras cosas, el re-switching genera también inestabilidad en el mercado de bienes)- viene restrictivamente asimilado (y confundido) con el caso señalado de Hahn al que nos referimos anteriormente.

El resultado paradójico es que la literatura dominante, en vez de adoptar el primer resultado de Hahn (1966), que es crítico y negativo para todo el modelo multisectorial de la teoría neoclásica, ha usado el segundo artículo de Hahn (1981) para afirmar que la dificultad respecto a la inestabilidad era ya notable.

Conclusión: el re-switching no habría revelado nada de nuevo.

Como si la dificultad, cuando ella es notada, sería capaz por este sólo hecho, de ser justificada al ser ignorada, especialmente si se encontrara en otro contexto, reiteradamente y ¡alargada! Pero, sorprendentemente, esto es propio de lo pasado.

Hahn se ha resguardado bien al evadir la conclusión, estrictamente lógica y negativa, de su artículo precedente. En cambio ha usado el buen expediente de decir que la dificultad está presente y requiere nuevas búsquedas: vendrán, con suerte, resultados en el futuro.

Y aquí él no sigue la conclusión. Los “neocardianos” fueron tranquilamente ignorados.

Los economistas de la teoría dominante no habrían podido nombrarlo de nuevo. El efecto ha sido de dar al re-switching la apariencia de una especie de obsesión y de inducir a la teoría dominante a no hablar más. Las discusiones son rápidamente disminuidas. En las mayores revistas de economía eso ha sido olvidado.

Pero ha venido, para calmar, algo que es también más interesante. Después de pocos años, también la admisión, que habían concedido al inicio, no ha sido más mencionada. La función agregada de la producción tranquilamente aparece en los textos de macroeconomía, sin el mínimo acento (por amnesia) en su incoherencia lógica. Después de pocos años, las discusiones reaparecen en los artículos que vienen correctamente publicados en las revistas de la economía dominante, las cuales al mismo tiempo desechan sistemáticamente como no publicables los artículos que hablan del re-switching. Los mismos autores que dos decenios atrás afirmaban que la función neoclásica de la producción andaba abandonada, ahora la usan corrientemente. El típico estudiante de economía que ha entrado en la

universidad a partir de los años ochenta y en adelante no habrá sentido hablar de la dificultad debida al re-switching, insiste en la teoría neoclásica del capital y de la distribución de la renta.

Es como si el debate sobre la técnica no hubiese sido descubierto. Un fenómeno así, de difusa amnesia, puede explicarse con términos más apropiados como “supresión”, o “remoción”. Se trata quizás de uno de los ejemplos más interesantes de aquel proceso descrito por Thomas Kuhn (1962), mediante el cual la ciencia “normal” dominante suprime, y además ignora, los casos de contradicción y de anomalía de su interior.

9. Consecuencia para la teoría de la distribución de la renta.

La remoción del fenómeno del re-switching del debate de la teoría económica, el alejamiento de cada énfasis conecta a la teoría del capital y contemporáneamente la posición privilegiada conferida al esquema walrasiano en la versión de Arrow y Debreu no han sido un evento neutral para el descubrimiento de la teoría económica. Han hecho prácticamente desaparecer los análisis del problema de la distribución de la renta en cuanto tal de la discusión de la teoría económica neoclásica.

Vale la pena el subrayar como este resultado constituye una consecuencia lógica de la elección, que ha sido hecha de la teoría económica dominante, de abandonar los esquemas de los economistas clásicos y de privilegiar el esquema lógico walrasiano de Arrow y Debreu. Ocurre que este esquema lógico ha adquirido elegancia y rigor efectuado “generalizaciones” que son reinterpretaciones puramente formales. Eso reconoce que todos los problemas económicos son de una sola base: aquello de la individualización de aquel sistema de precios que ha sido asociado a una asignación óptima de los recursos existentes, relativamente a: **i**) la preferencia del individuo singular, con funciones de utilidad (con ciertas características bien precisas, y asumida como dato), y **ii**) una distribución inicial (aceptada arbitrariamente como dada) de los recursos existentes. El esquema se puede también considerar como una elegante extensión a todos los fenómenos económicos de la originaria teoría ricardiana de la renta. Todos los precios son interpretados como precios-renta.

En este esquema, no existe un problema de la distribución de la renta como tal. Existe una distribución inicial de los recursos, enteramente arbitraria y aceptada como dada (y no sujeta a ninguna explicación o indagación); y si se busca un sistema óptimo de los precios de estos recursos. La teoría es, esencialmente, y por lo tanto, una teoría de los precios. Desde el punto de vista analítico, cada fenómeno debe ser reconducido a cualquier cosa que se presenta como un “recurso” dado, para arribar a la determinación de su precio. La característica específica del beneficio, del salario, y de la renta, que así profundamente traen caracterizadas las preocupaciones de los economistas neoclásicos, no existen como tal. El esquema es tan elegantemente generalizador, que con un proceso de reinterpretación formal de sus elementos constitutivos, reduce todas las variables económicas esencialmente a un sistema de precios-renta. Todo el resto asume un carácter secundario.

Para retornar a la configuración, mencionada en el precedente párrafo, de una reinterpretación de los bienes de capital heterogéneos como parte de un fenómeno de cambio en el tiempo, el esquema walrasiano determina la serie de precios de los bienes de capital que se encuentran en existencia a un cierto punto en el tiempo, la serie de precios de sus arrendamientos (rentals) y la serie de los precios de los nuevos bienes de capital producidos. No hay otros, fuera de estos precios. Partiendo de estos elementos, se puede lógicamente también calcular, como derivada, la correspondiente (heterogénea) tasa de beneficio. Pero se trata de conceptos derivados, no constitutivos. El esquema no necesita de la introducción específica. La tasa de beneficio viene de este modo a constituir un elemento secundario. Son fruto de una reinterpretación; y, como tales, terminan cambiando los conceptos irrelevantes.

Se puede resolver un razonamiento análogo, no exactamente similar, para el “salario”, que no son elementos específicos del modelo. Son ellos mismos parte de los tantos “precios”. Que transforma los “precios” de los recursos- trabajo, y debieron ser tratados de modo similar y simétrico al precio de cualquiera de los varios recursos.

Para resumir, el sistema neoclásico, en las versiones de Arrow-Debreu, no ha tenido necesidad ni de tasa de beneficio, ni de salario unitario como tales: eso determina “precios” de “recursos” dados y por lo tanto “precios”. Cada fenómeno económico, por sí mismo, debe ser interpretado en tales términos.

Con esta formulación, de la teoría económica dominante sobre la versión neoclásica del esquema de Arrow-Debreu tiene prácticamente una fuga general del análisis económico de la explicación de la distribución de la renta (y de la riqueza).

Volviendo a la teoría económica clásica, David Ricardo (1817) en sus *Principios* con la famosa proposición, citada al inicio, que *“la determinación de las leyes que regulan la distribución (del ingreso entre rentas, beneficios y salarios) es el problema principal de la economía política”*. En la segunda mitad del siglo XX la teoría económica dominante se refiere a un esquema teórico (aquel neoclásico de la versión de Arrow-Debreu) en el cual el proceso y los problemas de la distribución del ingreso son transformados en secundarios y pasan a ser irrelevantes.

10. Crecimiento sin problemas de distribución en los modelos con progreso técnico endógeno.

No obstante el privilegio que la literatura económica dominante ha reservado al esquema lógico –fundamentalmente estático– de Arrow y Debreu, el problema del crecimiento económico y del progreso técnico no han tardado en revivir. Un vigoroso retorno del interés por el crecimiento económico ha llegado, casi de improviso, en los años ochenta de este siglo, seguido a una serie de tentativas de estudiar un problema real y de gran relevancia. Se ha comenzado a indagar como el progreso técnico puede ser no obstante aceptado en el exterior, pero ser eso mismo producto de una actividad económica a esto expresamente dirigida. El problema es interesante, pero complicado por la peculiar propiedad de la conciencia técnica, que no está sujeto sino parcialmente o temporalmente a derechos de propiedad y a la vez a características que son más similares a aquellas de los bienes públicos no exclusivos.

Han así tenido origen los modelos de crecimiento económico con progreso técnico endógeno. Era inevitable que, para haber sucedido, las búsquedas iniciales sobre el progreso técnico endógeno comenzaran en la universidad de los Estados Unidos de América. Pero habían transcurrido diez años desde cuando la dificultad de la teoría neoclásica del capital, debido al fenómeno del re-switching, habían sido removidos de las discusiones económicas y habían quedado fuera de la atención de las nuevas generaciones de estudiantes. Más que naturalmente, siendo el debate precedente había sido olvidado, las nuevas elaboraciones han sido enfiladas al pensamiento neoclásico dominante.

Los modelos de crecimiento con progreso técnico endógeno que habían emergido eran extraordinariamente refinados, por los instrumentos analíticos adoptados, al mismo tiempo que ingenuamente simplificados en la versión global. Usaban pocos instrumentos analíticos de fascinante elegancia: esencialmente presentan una reedición y una re-adaptación restrictiva de un modelo matemático de maximización inter-temporal que Frank Ramsey, un joven matemático del grupo de Keynes en Cambridge, había propuesto, en el año 1928, como un ejercicio para hacer emerger la propiedad analítica de un hipotético sistema económico en el cual un Programador central omnisciente y de vida infinita puede decidir la distribución en el tiempo de la producción y del consumo, para todos sus asuntos, teniendo las notas de todas las preferencias y todas las vinculaciones de las condiciones tecnológicas.

Pero los autores del modelo de crecimiento con progreso técnico endógeno han tenido ambiciones más grandes, observando un esquema descriptivo de la realidad; a estos que han revelado ingenuidad sorprendente. Ninguno ha tenido excitación por usar funciones neoclásicas agregadas de la producción, continuas y diferenciables, del mismo tipo de las cuales veinte años atrás se había dicho, o escrito, que debían ser desechadas y abandonadas. Ninguno ha advertido la necesidad de justificar o de explicar el uso de nociones como la de capital físico agregado, la mayor de las vueltas –entre otras– usadas en funciones de producción de tipo Cobb-Douglas, de soporte empírico dudoso (como anteriormente –párrafo 6– se ha subrayado). Estas vienen usadas como si fueran parte de la realidad económica de todos los días, sin que se exprese sobre tales la mínima duda. Ha sido introducido un ulterior concepto, todavía más problemático: aquello de una cantidad física de “capital humano”, sin que sea sentida la necesidad de discutir el fundamento lógico y la condición con la cual se podría representar cuantitativamente.

La reseña de “la teoría neoclásica del crecimiento y de la distribución” en este mismo volumen (Solow, 1999) presenta una valiosa reseña de este modelo y nos ilustra magistralmente méritos y límites. No hay necesidad de someterse a repeticiones. Vale la pena subrayar aquellas características y el origen

neoclásico que estos modelos han tenido, y las consecuencias que han derivado, para los analistas del problema de la distribución del ingreso.

Si volvemos a la ecuación de Harrod-Domar –(la 5.1)– se podría decir que en los modelos con progreso técnico endógeno, la gran incógnita considerada es g –la tasa de crecimiento– como el resto de la primera fase del modelo de Kaldor, o el modelo de Lewis (si ve el párrafo 5). Pero entre Kaldor (o Lewis) g es determinada de la posibilidad de la acumulación del capital, aquí g es determinada por la posibilidad de conocimiento técnico. Esto constituye una contribución interesante, si bien no completamente nueva. Pero los autores del modelo de crecimiento con progreso técnico endógeno han tenido, como se ha dicho, mayores ambiciones. Entre las dos magnitudes de las ecuaciones de Harrod-Domar ν y s ninguna es aceptada como constante. Han sido “modeladas” en modo de resultar el proceso que quisiera representar un comportamiento de maximización. Según una formulación que ha sido difundida recientemente, esta viene representada como llegada desde los “micro-fundamentos”. Y de esta característica que los modelos de crecimiento con progreso técnico endógeno trae la elegancia y al mismo tiempo revelan la simplicidad. Esencialmente se reducen a analizar el comportamiento de un individuo considerado “representativo”; no más Programador para todos los otros individuos, sino al contrario para sí mismo. Este singular individuo vive al infinito, conoce perfectamente la función técnica de la producción (en efecto aquella de la producción de una sola mercancía) y el modo para mejorarla (o sea el modo de producir la conciencia técnica); conoce perfectamente su función de utilidad, de ahora al infinito, adopta una tasa (dada) de preferencia intertemporal, y conoce perfectamente como ahorrar esfuerzos y consumir en el tiempo, en modo tal de realizar la maximización del valor presente de su satisfacción de ahora al infinito, dada la característica de la producción, el aprendizaje y las preferencias para el consumo, de ahora a la eternidad. Es difícil pensar cómo, a este singular individuo, se pueda hacer asumir una justificación de “representatividad”. Si es o no “representativo” debería hacer propio el querer hacerse ver demostrativo.

En un modelo agregado, estos expedientes analíticos generan indudablemente elegancia formal. Y más difícil relevancia explicativa. Un comportamiento razonable a adoptar parecería aquel de comenzar a sostener, o a pretender, que se considere a un individuo el cual representa una media. Pero en este caso no se podría substraer a las numerosas incoherencias del expediente usado. A menos que se adopte el expediente, difuso, de eliminar los problemas mediante una serie de otras simplificaciones; en este caso: que todos los individuos sean entre ellos idénticos, que tengan exactamente la misma función de utilidad, el mismo conocimiento técnico, presente y futuro, la misma capacidad de aprendizaje, de previsión, de actuación racional,....etc.

Se puede pedir, en este punto, que no sean un poco mucho los problemas eliminados por hipótesis. No esta sólo el inconveniente de ignorar aquellos problemas –como Solow precisa al inicio de su contribución, - que se define como de “coordinación”, y que en la práctica los problemas de la ocupación y de la desocupación. De hecho los individuos consideran que no podrían ser en parte ocupados y en parte (involuntariamente) desocupados; aquello que no habría tenido sentido en el contexto mismo del modelo. El individuo singularmente considerado no puede ser siempre ocupado, y en efecto siempre ocupado del mejor modo (óptimo). Pero hay un problema todavía más relevante, del punto de vista de quien se pone en esta reseña. Se convierte en un sin-sentido hablar de la distribución de la renta. ¿Entre quiénes podría ser distribuido el ingreso, si esto va siempre todo al mismo individuo “representativo”? Naturalmente podría ir todo al mismo individuo bajo formas diversas: por ejemplo en forma de salarios, y/o en forma de beneficio. Pero, en esta distinción, si el individuo “representativo” junta todo, parece difícil o al menos problemático, el dar alguna respuesta. Es de hecho el mismo individuo, que, con un comportamiento maximizante, hará emerger su renta como beneficio o como salario según la forma que le parezca apropiado a la maximización de la función de utilidad y de producción. O sea: el ser la renta percibida de una forma o de la otra trae una consecuencia del proceso de maximización. Todavía una vez, la característica de la distribución de la renta parece del todo secundaria; y como consecuencia lógica del esquema teórico neoclásico de base, como debería ser transformada evidentemente.

Al fin de esta reseña para la presente publicación, después de haber precisado –como se ha mencionado al inicio (ver fin del párrafo 1)– que poquísimo ha sido dicho de la distribución de la renta. Solow se justifica:

“esto es así porque no hay ninguna conexión entre el modelo neoclásico de crecimiento de la renta y la determinación de los precios de los factores (esto es la distribución de la renta)”(Solow, 1999).

Quien ha leído las páginas precedentes debería hasta este punto haber entendido la razón de esta singular afirmación. Pero es interesante lo que Solow agrega:

“La consuetudinaria usual es la de volver a las ideas sobre los precios de los factores que caracterizan la teoría neoclásica estática del equilibrio. Si se abandonara la suposición que sobre todos los mercados hay un perfecto equilibrio entre demanda y oferta sería ciertamente necesaria una teoría alternativa de los precios de los factores (esto es de la distribución de la renta). Pero en este caso ellos cambiarían al otro caso” (Solow, 1999).

Por fortuna en la literatura económica reciente han aparecido contribuciones que parecen abrir nuevos horizontes propios en estas direcciones.

11. Sobre los nuevos horizontes.

La relevancia práctica del problema de la distribución del ingreso es manifiestamente más grande porque este problema puede quedar al margen de la búsqueda económica, no obstante la tendencia en esta dirección insiste en la teoría neoclásica dominante.

Es significativo que en el año 1996 al convenio científico anual de la Royal Economics Society, el Presidential Address se ha dedicado al tema: “recuperar la distribución del ingreso del frío”, el presidente de la Royal Economist Society, Anthony Atkinson ha abierto su intervención con las palabras:

“el título de este Presential Address ha sido elegido para evidenciar el modo en el cual el argumento de la distribución de la renta ha quedado al margen” (Atkinson, 1997, pág. 297).

Atkinson hace una reseña de las contribuciones que han comenzado a reaparecer en la literatura económica de los últimos años del siglo XX sobre el tema de la distribución de la renta. Si bien estas contribuciones no son muchas, les han dado el punto de partida para concluir su reseña con dos notas positivas. La primera es que “la distribución de la renta está comenzando a recibir de nuevo la atención que merece”. La segunda es que “la evidencia de que la economía a aprender en esta área de otras disciplinas.” (Atkinson, 1997, pág. 318). Pero también más interesante es lo que el presidente de la Royal Economic Society no dice; que todas las recientes contribuciones, que les han dado tanta esperanza han sido insertadas en la teoría neoclásica desde exterior de la misma.

En breve, se puede al menos hacer una revisión de cuatro tipos de búsqueda. Está la línea de búsqueda que emerge de la citación, que apenas queda al fin del párrafo precedente, de la reseña de Solow; y es que “...si se abandonase la suposición neoclásica (de perfecta libertad de concurrencia) sería ciertamente necesaria una teoría alternativa”. En efecto, en el entusiasmo del período inicial de la teoría neoclásica de crecimiento económico, Stiglitz (1969) había examinado como –un modelo de crecimiento económico estrictamente neoclásico (con todas las suposiciones típicas del caso: que tenga diferencias intrínsecas entre individuos, imperfecciones en los mercados de capitales, “shocks externos”, etc.) –la distribución de la renta y de la riqueza tendería en el largo período a converger sobre la igualdad. Tenía también probado el dejar caer alguna de las suposiciones neoclásicas, constatando como, en cada uno de estos casos, la desigualdad reaparece y tiende muy rápidamente a acentuarse. Este segundo aspecto de su relación no había encontrado mucha sucesión. Y ahora reaparece en los modelos de crecimiento con progreso técnico endógeno. Una reciente contribución de Galdor y Zeira (1993) ha dado solución a tantas series de nuevas búsquedas. Se ha podido constatar que, también partiendo de la formulación inicial neoclásica, la simple introducción de hipótesis de imperfecciones en el mercado de capital, en conjunción con la hipótesis de partida de una desigual distribución de la riqueza, por ejemplo a causa de desigualdad en los recursos heredados, viene a influir sobre la posibilidad de los individuos singulares de tener acceso a diversos grados de instrucción (es decir aquella que viene impropriadamente llamada la acumulación del “capital humano”). Aquello que genera consecuencias sobre la variabilidad económica, ya sea en el breve o en el largo período, dando lugar a movimientos dinámicos distintos; o sea una creciente desigualdad de la renta y de la riqueza.

Una segunda línea de búsqueda debida a Giuseppe Bertola (1993, 1995), quien ha introducido –siempre en un modelo estrictamente neoclásico de crecimiento endógeno– una distinción entre dos categorías de agentes, por tener la misma función de utilidad a maximizar su horizonte infinito. La diferencia es que los unos derivan todo de su ingreso que pertenecen a los bienes capitales y los otros de

“recursos no producidos” (como, trabajo y tierra, entre los cuales el autor no hace distinción). El resultado interesante es que, el propio proceso de maximización, de la misma función de utilidad, conduce a los primeros (llamándolos “capitalistas”) a una propensión a ahorrar positiva y a los segundos (llamándolos “trabajadores” y “propietarios terratenientes”) a una propensión a ahorrar nula. El modelo de Bertola arriba así a una racionalización, en términos de comportamiento micro-económico, de eso que Ricardo (y Kaldor) había simplemente supuesto, aquello de que todo el ahorro viene efectuado por los “capitalistas”, mientras los salarios (y las rentas) son enteramente dedicadas al consumo. Pero el resultado que parece todavía más interesante es que el modelo hace reemerger –se diría que hace redescubrir- la fundamental asimetría entre el factor de producción “capital” de una parte y el factor de producción “trabajo” y “tierra” de la otra; una asimetría que claramente emergía de la controversia del re-switching, pero que ha sido después olvidada, o ignorada.

Una tercera línea de búsqueda se refiere a la introducción de un canal político en los modelos de crecimiento endógeno (se ve, entre otros en: Perotti, 1992; Bertola 1993; Alesina-Rodrik, 1994; Persson-Tabellini, 1994). Esta literatura se preocupa, en efecto, no de la explicación de la distribución del ingreso y de la riqueza (que –como estrecho comportamiento neoclásico- se acepta como un dato), pero sí de la decisión política, de la decisión de la elección pública, de redistribuir la riqueza existente. El expediente es simple, pero ingenioso. Se parte, como apenas se ha dicho, de la formulación neoclásica de aceptar como dada, y no indagable, a un cierto momento en el tiempo, la existencia de la distribución de los recursos entre los varios agentes económicos, que se supone tenían ya la misma función de utilidad, actos en condiciones de conocimiento perfecto, de perfecta libertad de concurrencia ...etc. Hay tras ellos una heterogeneidad (la única heterogeneidad que se considera): aquella que deriva de una inicial desigualdad de la distribución de la riqueza. Si se considera grupos de agentes subdivididos por clases de renta, entre los mismos habrá conflictos de intereses, por cuanto resguarda la decisión pública de fijar la alzada de la alícuota de la imposición sobre la renta, dado que la imposición querrá grabar mayormente sobre los contribuyentes más ricos, mientras se supone que la autoridad pública redistribuirá después el ingreso entre los agentes por partes iguales, o lo dedicará a servicios públicos, en particular a la instrucción, de lo cual todos pueden beneficiarse de modo igualitario. La idea de rebúsqueda ha sido de endogeneizar un procedimiento de elección pública, basado sobre el teorema del elector mediano (Muller, 1989). Tal teorema garantiza que –bajo ciertas condiciones- la alícuota elegida será aquella preferida del elector que tiene un ingreso mediano. De este resultado se pueden traer conclusiones sobre las relaciones entre el grado de desigualdad de la renta y el crecimiento económico. Sobre las bases de estas consideraciones, se ha también pasado, con mucho coraje, a efectuar numerosas verificaciones empíricas, confrontando datos relativos a diversos países. Como era de atenderse, los resultados han sido inconclusos. No obstante esto, la introducción de consideraciones a teoremas de elección pública –extraño al sostenimiento de la teoría económica- ha sido generalmente saludada con satisfacción.

Para terminar, una cuarta línea se concentra sobre la desigualdad personal del ingreso, y – como sector de investigación todavía más particular- sobre salarios diferenciales entre trabajadores que se encuentran como operarios a diversos niveles de oficinas y de responsabilidad, corresponde la más de las veces, pero no exclusivamente, a diversos grados de ancianidad de un lado y de instrucción del otro, de parte interna de la misma empresa o industria, o entre varias industrias. El campo de la desigualdad personal de los ingresos ha sido en el pasado afrontado más por los estadísticos y demógrafos que por los economistas, mientras que la diferencia de los salarios ha sido tratada por los economistas del trabajo. De hecho no se ha encontrado un modo orgánico de reconducir el problema de la desigualdad personal de la renta a las teorías económicas elaboradas. Sobre este punto, no sólo la teoría neoclásica, también la teoría clásica y la teoría keynesiana han tradicionalmente afrontado el problema de la distribución del ingreso con referencia al tipo de remuneración que viene atribuida al portador de los varios factores de la producción (recursos naturales, trabajo y capital). Aquello podría tener una cierta justificación como consecuencia de la revolución industrial, cuando parecía razonable asociar a los tres factores de la producción entre distintas clases sociales. Pero no lo es más en la economía (sobretudo en esta economía que avanza) del fin del siglo XX, cuando la noción misma de “clase social” ha cambiado por otra de tipo más complejo de cuanto lo fuese en el pasado (si ve, a este respecto, el trabajo de la clase social de Sylos Labini, 1974, y las discusiones que no son más seguidas).

Todavía más complejo aparece el problema del salario diferencial, que en la teoría económica es un argumento que ha quedado sorprendentemente poco descubierto, aunque en relación a su conexión con los estímulos a la producción y la eficiencia, y con referencia al problema de la ocupación y de la desocupación involuntaria, y más en general con el funcionamiento del “mercado de trabajo”, si este todavía se puede llamar “mercado” con este nombre. Sobre este argumento existe un debate intenso entre

los sostenedores de la posición del libre mercado competitivo, de aplicar también al mercado del trabajo, con la características de aquella típica flexibilidad que debería siempre conducir a cada mercado competitivo a un punto de equilibrio de plena ocupación, se ha descubierto en el mercado del trabajo características del todo particulares, estructuralmente diversas de aquellas de los mercados de las mercancías, porque el trabajo tiene los sujetos mismos de la actividad económica. En esta segunda perspectiva, parece inapropiado aplicar al mercado del trabajo los mismos conceptos, y también las mismas reglas, de mercados competitivos, como si el trabajo fuese unas de las tantas mercancías. Lo mismo Solow ha recientemente asumido una posición muy interesante, en un volumen de título *“El mercado del trabajo considerado como una institución social”* (Solow, 1990). Se está moviendo evidentemente en un campo, aquel de las instituciones, que se encuentra con la teoría económica en sentido estrecho, pero que parece esencial debe serlo incluso en el análisis, si se quiere llegar a una comprensión y explicación del fenómeno social más relevante que caracterizó la sociedad industrial pujante de este fin del siglo XX.

En esta dirección la ayuda que puede venir de la teoría económica en general es problemática, y aquello que puede venir en particular de la teoría neoclásica de la distribución de la renta siembra aún más temor.

12. Una crítica final.

La crítica más severa que se puede hacer a la teoría neoclásica es quizás propia de aquella de la teoría de la distribución de la renta en posición secundaria y marginal, seguida de la combinación de dos elementos que le son propios: el haber privilegiado el esquema de locación óptima de los recursos de la versión de Arrow y Debreu, y de haber incurrido en incoherencias lógicas en algunos de los instrumentos analíticos usados. Estas características tienden a persistir, en presencia de fuertes elementos innovadores, como aquellos concernientes a la indagación de la endogeneidad económica del progreso técnico.

En estas condiciones es el manifestarse efectivo y concreto, en la práctica cotidiana, de la importancia empírica relevante de los problemas conexos con la distribución de la renta, fuerza de cualquier modo para poner remedio a la marginalización de la teoría de la distribución de la renta. Se debe pedir el debate de los problemas de esta manera, o de modo contrario se ha de obstaculizar, un razonamiento que guíe la comprensión de la realidad en que vivimos.

Está fuera de duda que el progreso técnico, al cual ha retornado la atención, gracias al nuevo modelo de crecimiento económico, sea un fenómeno crucial en una sociedad industrial contemporánea. Por larguísimo tiempo, toda la teoría económica (clásica y no clásica) lo había descuidado. Ahora finalmente lo ha introducido prepotentemente en el análisis, pero lo ha introducido en un modo particular, el endógeno (que no es ciertamente el todo), y de una forma agregada, lo que siempre sigue siendo una fuerte simplificación. Pero sobre todo la ha introducido en el interior del aparato teórico neoclásico, al precio de dejar que los problemas de la distribución de la renta queden al margen, para poder forzar la reinsertión de cualquier modo externo cuando se comprende que ello se vuelve relevante.

¿Es el camino justo? Una respuesta positiva podría también ser aceptada si se podría sostener que el progreso técnico reduce la importancia de los problemas de la distribución de la renta. Pero si miramos el entorno se tiene la impresión exacta de lo contrario.

Entre las características económicas que marcan profundamente este final del siglo XX, la desigualdad en el ingreso, es uno de los aspectos más variados, que emergen como un fenómeno entre los más relevantes y desconcertantes. Y es propio al progreso técnico que le está continuamente ampliando y modificando.

Los economistas clásicos tenían un pensamiento simplificado en términos de tres categorías de perceptores de ingreso, convencidos en este modo de poder indagar cómo la producción y el crecimiento podían contribuir a hacer variar la distribución de aquello que viene producido.

El cuadro ha cambiado a uno mucho más complejo. Desde el inicio de la revolución industrial, numerosos elementos y aspectos se han unido a continuación y continúan. No es sólo entre perceptores de las tres típicas categorías de ingreso que la desigualdad se manifiesta, es también al interior de estas categorías. Al mismo tiempo se unen categorías ulteriores. Se debe tener en cuenta la distinción entre esas personas que forman parte de la distinción del proceso productivo, es decir que tienen una ocupación

trabajadora (dependiente o autónoma), y aquellas personas que (contra su voluntad) quedan excluidas. Emergen entre sí características que, propias a la difusión –o a la falta de difusión- del conocimiento técnico quedan conferidas a los varios sistemas económicos, entre ellos la competición o en contraste.

Pero en la historia de la humanidad el globo terrestre se ha presentado con desigualdad de ingreso y de riqueza así marcados como aquellos que se observan al final del siglo XX.

La impresión final es que los esquemas de teoría económica más apropiados son justamente aquellos que alargan la posibilidad de indagar en el problema de la distribución de la renta (o de la riqueza) y no aquellos que la dejan al margen.

Quizás no será superfluo recordar, como se ha dicho en el precedente párrafo 5, que en un camino alternativo de búsqueda –y precisamente aquello que hace a la teoría clásica, en las versiones más modernas, como aquella de Kalecki, Kaldor, Keynes y Sraffa- ha sido en estos dos últimos decenios dejado de lado. Se trata, entre ellos, de un camino alternativo de búsqueda que aparece mucho más favorable –que no es como el neoclásico- al descubrimiento de indagaciones que resguardan las instituciones del sistema económico. En una situación tan insatisfecha para la teoría de la distribución, como la que prevalece al fin de este siglo, eso puede constituir una notable reserva. ¿Quién podría excluir más, que una reasunción de este camino alternativo de búsqueda que pueda generar posibilidades y perspectiva de largo plazo más interesantes y fecundas de aquellos que actualmente son perseguidos?

Nota sobre el uso del término “distribución del ingreso”.

Según Edwin Cannan –el autor histórico del pensamiento económico- “sea el sustantivo ‘distribución’ que el verbo ‘distribuir’...viene a introducir de la teoría económica... de Quesnay” es aquello de los fisiócratas franceses (en particular de Mirabeau, Turgot, Cantillon), en la segunda mitad del siglo XVIII. Adam Smith siguió a los fisiócratas. “Ningún economista inglés o escocés parece haber hecho uso, en el sentido técnico, del termino ‘distribución’ primero que Adam Smith” (Cannan, 1929, pág. 293-295). Sin mencionar que algunos de los estadísticos de fines del siglo XVIII como Gregory King, Petty y Davenant, habían conducido estimaciones de la renta de diversas clases de la sociedad inglesa, lo que indirectamente trae hoy a la mente el fenómeno de la distribución, pero no habían hablado más de la ‘distribución’. En Smith, como en los fisiócratas, la idea de ‘distribución’ es en cambio explícitamente introducida y discutida, aún cuando no revisa algunas otras constataciones importantes, como, por ejemplo aquella de Smith que el valor de cada mercadería debe al fin resolverse en salario, beneficio, y ⁱⁱrenta (ver Smith, 1776; 1904, vol. I, pág. 54). Una teoría económica de la distribución de la renta llega sólo a partir de lo escrito por David Ricardo (1817).

Bibliografía Utilizada:

ⁱ In gratitudine a il mio mentore intelectual, e anche spirituale, il magíster Alejandro Fiorito (a chi va dedicato questa traduzione).